

III

REAL DEL MONTE.

A mi querido amigo Francisco Sosa.

TERMINADOS en Huazcazaloya los trabajos de la Comisión, en Noviembre de 1864, recibió ésta orden de trasladarse al Valle de México para practicar las operaciones topográficas que debían ligarse con las de la antigua Comisión, de la que fué jefe el insigne geógrafo é inolvidable amigo Don Francisco Díaz Covarrubias.

Detúveme algunos días en el Real y paso á darte cuenta, lector amigo, de lo que concierne á mi corta permanencia en él, pero antes conviene traer á la memoria los hechos más salientes de la historia de ese famoso asiento de minas.

Sin retroceder á los antiguos tiempos en que algunas catas y vetas descubiertas, á tajo abierto, revelaban la existencia de las grandes riquezas contenidas en la Sierra de Pachuca, me concretaré á la época en que los trabajos serios de explotación produjeron inmensos beneficios, y dieron al Mineral de que se trata el justo título de opulento.

Admitida por el vulgo una conseja siguió transmitiéndose por muchos años, cual es la que se refiere al descubrimiento de la riqueza del Mineral, asegurándose que al encender unos arrieros su lumbrada sobre el terreno, fundióse una cantidad de plata que éste contenía, de lo que resultó la aparición de la famosa Veta Vizcaína, que supo explotar con gran constancia Don Pedro Romero de Terreros. Era éste natural de Cartagena del Arzobispado de Sevilla é hijo de una familia honorable de la que recibió esmerada educación. Siguíó con aprovechamiento los cursos de la Universidad de Salamanca, pero al recibir la noticia del fallecimiento en Veracruz, de su abuelo Don Francisco Romero, hubo de trasladarse violentamente á la Nueva España con

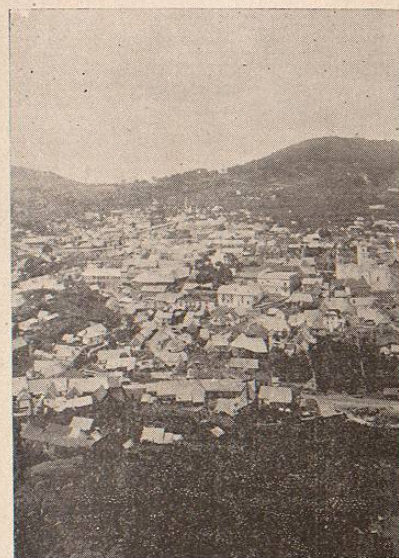
el fin de encargarse del albaceazgo. Cuando se disponía á regresar al lado de sus padres retuviéronle en Querétaro los negocios de un tío suyo, de los que se hizo cargo, logrando con su laboriosidad é inteligencia sacar éstos del estado deplorable en que se hallaban, convirtiéndolos en fuentes de verdadera riqueza. Muerto su tío, quedó Don Pedro al frente de una importante negociación.

Entonces no caminaba bien en el Real la explotación de las minas de la Veta Vizcaína y la de Santa Brigida, recientemente descubiertas, á pesar de las fuertes sumas en ellas invertidas por el ameritado minero Don José Alejandro Bustamante; mas asociándose á éste Don Pedro Romero de Terreros, el Mineral adquirió nueva vida, debiéndose á las acertadas y nuevas disposiciones dictadas para reparar males anteriores, una gran bonanza. La fortuna había favorecido, prodigando sus tesoros, á un hombre de nobles sentimientos, de alma grande y verdaderamente cristiana, cualidades que necesariamente habían de redundar en bien de la humanidad. La enumeración de los actos de caridad y de beneficencia que llenan la vida del primer Conde de Regla, Don Pedro Romero de Terreros, demuestra el noble uso que tan gran filántropo supo hacer de sus riquezas.

* * *

Al recorrer el camino que de Pachuca conduce á las haciendas de beneficio, atrevidamente construido por la Compañía inglesa en las asperezas de la cordillera, siguiendo las continuas inflexiones de la montaña y al traspasar una garganta, súbitamente se presenta

en el fondo del Valle la pintoresca población conocida con el nombre de Real del Monte. Agrupadas en la parte central de ella, en desorden y con sus techos altos é inclinados, obsérvanse los edificios principales dominados por las torres de la parroquia y por las esbeltas chimeneas de las máquinas de desagüe, en tanto que diseminadas en los declives de las montañas que estrechan el Valle, se advierten las cabañas de los mineros, aumentando, por su poética posición, los encantos de todo el panorama. El descenso á la población es rápido y en el transcurso de unos cuantos minutos, el viajero recorre las tortuosas estrechas y ondulantes calles que, con tales condiciones, ofrecen un aspecto sumamente original.



REAL DEL MONTE.

Tan pronto se dominan los planes inferiores, como se admira desde éstos las eminencias, distinguiéndose, unas veces, desde las alturas, los viandantes y recuas que recorren el camino en el fondo de la cañada, y otras, desde ésta, las elevadas cumbres que se destacan ante un hermoso cielo, cuando no están envueltas por las brumas.

Tan extraña configuración es el tipo general de nuestros minerales.

Las gratas impresiones recibidas antes por el viajero, al recorrer la pintoresca senda que de Pachuca lo conducía al Mineral del Chico eran las mismas que experimentaba al recorrer el camino que lo llevaba de la mencionada población al Mineral del Monte, siendo

idéntico el movimiento observado en los tiros y socabones de las minas, en los patios de la *pepena* y en las haciendas de beneficio de metales que en su tránsito encontraba.

Lo que acerca de tan rico mineral voy á reseñarte, querido lector, no se refiere á la época presente, sino al año de 1864 en que lo conocí, como miembro de la Comisión científica de Pachuca.

De todas las minas, las de Dolores y Terreros, ambas sobre la poderosa veta Vizcaína, fueron las que más atrajeron mi atención. La primera, por el famoso tiro de su nombre y por su poderosa y más antigua máquina de desagüe, y la segunda, por la mayor profundidad de su tiro, que alcanza más de 400 metros, y por ser el asiento de un presidio, establecido por la acertada disposición del antiguo Gobernador del Estado de México, Don Mariano Riva Palacio.

La veta Vizcaína, por su extensión que es de 17 kilómetros en su parte reconocida, desde Tesuamta al Este del Real hasta el pueblo de Cerezo, al Norte de Pachuca, y por su potencia, de 4 metros por término medio, era la más trabajada y de mayores frutos entre los tiros de San Patricio al Este y San José al Oeste, en una extensión de 4 kilómetros.

En la mina de Terreros presencié las prácticas comunes en el Mineral, las que bien merecen traerse á la memoria. Todo el edificio denominado el Presidio, era uno de los más importantes del Real, y en el que al traspasar sus umbrales, observábase la mayor animación y actividad, poderosos justificantes de la salvadora providencia de un hombre ilustrado, secundado en sus designios por la Compañía inglesa. El canto de alabanza, aunque monótono y triste, pero dirigido á Dios, que entonaban los trabajadores al dar principio á sus faenas, producía un efecto inexplicable. Provistos de sus bujías, los operarios, á cuyo conjunto se llamaba *pueblo*, se aprestaban á descender al interior de la mina por el tiro, á efecto de lo cual se agrupaban algunos en el extremo de la soga, sosteniéndose por medio de gazas ó caballos, y de esta manera ejecutaban la *bajada de rosario*. Vefase entonces el pausado movimiento adquirido por la cuerda, al irse desenrollando del *malacate*, al que una mula servía de fuerza motriz; y descender

aquel racimo de hombres que se sumergía poco á poco en las tinieblas para desaparecer al fin, advirtiéndose tan sólo la continuación del descenso por el desarrollo y continua sumersión de la cuerda. Excitado el observador más y más por la curiosidad, seguía con la vista aquel movimiento, interminable al parecer, hasta que por último descubría en el seno de aquella profundidad la débil y confusa luz de las bujías en lucha con la lobreguez.

Distinta era la sensación que experimentaba el que por primera vez descendía al fondo de una mina por escalas de costillares ó travesaños de madera sin labrar, y el que ejecutaba la bajada por el tiro. En el primer caso, deslizábase por las verdaderas grietas de la montaña, asiéndose fuertemente, con las manos, de los travesaños aquellos de la escala, puesta casi siempre en posición vertical, y terminado el descenso del primer tramo, proseguíase al del segundo, por otra escala cuya posición, en rumbo, difería de la anterior y así sucesivamente, de escala en escala, de tramo en tramo, de uno á otro descanso, cambiando de dirección, siempre por reducidísimos espacios y rozando muchas veces con el cuerpo las asperezas de los *respaldos*, llegábase á los *planes*, no sin experimentar gradualmente cierta fatiga producida por la débil presión atmosférica, la que, en los bajos de la mina era tal, que provocaba en el individuo un sudor copioso.

Menos sujeta á fatigas era la bajada á la mina por el tiro, á pesar de los inconvenientes y peligros que ofrecía y de las impresiones que se experimentaban puedes juzgar, lector amigo, por las que yo notaba. Montado en una sogá en forma de mecapal y pasada una cuerda por mi cintura, quedé asegurado y suspendido de la gran sogá sobre el inmenso pozo, cuya lobreguez me aterraba. El descenso fué más ó menos pausado en proporción á la mayor ó menor lentitud con que giraba el malacate, según la voluntad del que azuzaba la mula que servía á aquél de fuerza motriz, y á medida que descendía en el tiro, sentía cierta turbación en la cabeza y mis ojos se fijaban en el brocal del tiro, cuyas proporciones disminuían sucesivamente y la luz que por él entraba se debilitaba más y más. Unas veces la sogá oscilaba y otras giraba sobre sí mis-

ma, así es que para evitar testaradas contra los respaldos del tiro y que mi cuerpo diese vueltas en el espacio, hube de servirme de los pies y de un chuzo que previamente se me había dado, tocando suavemente, unas veces con aquéllos y otras con éste, las paredes hasta conseguir que la sogá recobrase su posición vertical. Acordéme entonces de la burla que en cierto mineral, pretendieron hacerle á nuestro insigne Don Antonio del Castillo, á quien tuviéronle, á causa de su decencia y apostura por un petimetre incapaz de sufrir las molestias del descenso por el tiro; más los que tal intentaron, quedaron corridos al observar la sangre fría y la destreza de aquél que les reveló, desde el primer momento, al minero práctico. Yo me aproveché en aquella ocasión de las indicaciones que acerca de actos semejantes habíame hecho mi inolvidable amigo.

Ya en los antros de la mina, el enrarecimiento del aire prestaba poca actividad á la luz de las bujías, permitiendo ésta solamente descubrir á los trabajadores como fantásticas y misteriosas sombras que con sus zapapicos se afanaban por *tumbar el metal* á la tenue claridad de sus velillas de sebo, pegadas á sus gorras ó adheridas, por medio de barro, á los respaldos de la mina. Sus trabajosos movimientos, su palidez, su fatiga manifestada por una respiración jadeante y su aspecto triste, todo en ellos inspiraba compasión y traía á la mente reflexiones que acababan de condenar la inmoderada codicia de los hombres. Por lamentable que sea á este respecto la condición humana, es irremediable, debiendo tan sólo ser causa de nuestra admiración, la indiferencia con que miraban su porvenir aquellos hombres, sujetos á penalidades tantas, quienes se retiraban á sus hogares relativamente ricos el sábado y amanecían pobres el lunes inmediato.

Cada grupo de hombres que trabajaban por destajo en determinada extensión de las labores, llamábase *pueblo* y alternaban sus faenas de día y de noche, por períodos de doce ó de ocho horas, que la Compañía tuvo la humorada de llamar cuartos.

Sin la excesiva curiosidad que tales escenas despertaban, el observador no habría podido menos que abandonar conmigo esa mansión donde la miseria humana se contrapone á los

inagotables tesoros que la naturaleza esconde en el seno de la tierra; pronto, muy pronto habría salido á respirar el aire libre y á contemplar la luz del Sol; mas reteníanle allí sus deseos de observación.

Los mineros hacían la *saca del metal* por el tiro y se disponían á dar un *nuevo cohete*, á cuyo efecto taladraban la roca, retacaban con pólvora el taladro, adherían á éste una larga mecha y la prendían desde cierta distancia sin dejar de ponerse previamente al abrigo de la explosión, buscando su escondite detrás de los salientes y más lejanos peñascos.



MINEROS DE LA SIERRA DE PACHUCA.

Al cabo de algunos momentos de cuidadosa atención, un estruendo formidable conmovía la masa de la montaña haciendo sentir la columna del aire comprimido su poderoso presión en el individuo allí presente, y desgajaba, en pedazos, la roca sometida al irresistible agente explosivo. Todo esto era casi simultáneo. Temerosos los mineros de algún inminente derrumbe, salían poco á poco de sus escondites, deslizándose pausada y cautelosamente hacia el lugar de la mina que acababa de producir sus efectos, y emprendían de nuevo sus labores.

Con frecuencia, la descomposición de las sustancias minerales, la respiración de los

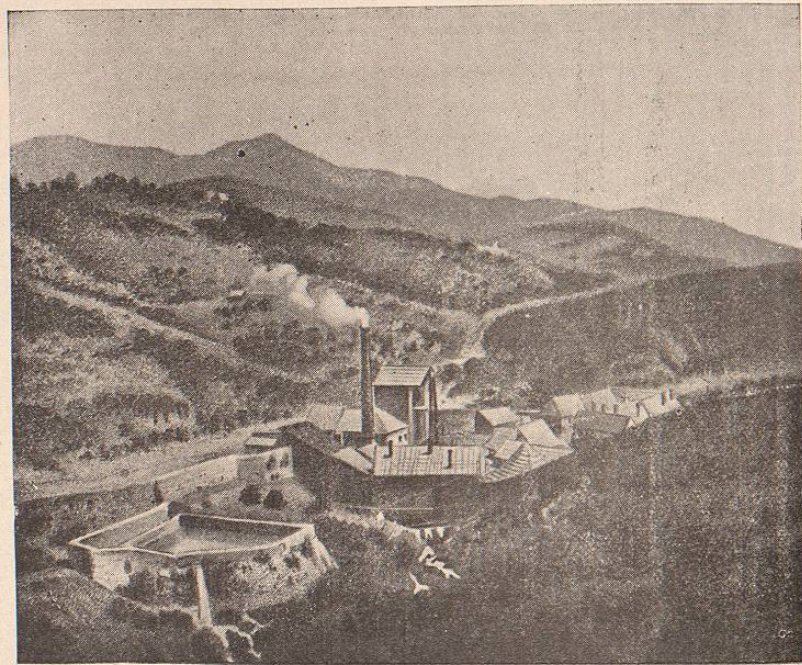
trabajadores, la combustión de las velas y de la pólvora, viciaban el poco aire respirable que existía en los más ventilados planes y galerías de las minas, desprendiéndose, particularmente de las grietas interiores de la montaña, emanaciones mefíticas, generalmente de gas ácido carbónico, á veces de tal densidad, que se hacían visibles, semeando pequeñas esferas de humo que apagaban las luces y constituían otros tantos enemigos peligrosos del minero. En ocasiones, aunque raras, esas esferas era como el *grisou* de las minas de carbón de piedra, de hidrógeno carbonado y atraídas por las flamas de las bujías se envolvían como marañas en ellas y terminaban por hacer explosión, detonando como una vejiga inflamada que violentamente se rompe. *Sacar el torito* llamaban los atrevidos barreteros el acto peligroso de echar fuera de la mina, por el socavón ó por el tiro, una de esas esferas. Dos ó tres de aquéllos, con sus cuerpos inclinados y extendiendo el brazo que sostenía la vela encendida, caminaban lentamente hacia atrás atrayendo la mefítica esfera hasta colocarla en el lugar conveniente, en el cual aquélla se disipaba poco á poco en el aire libre ó hacía explosión si se le abandonaban en el suelo ó en las rocas las velas encendidas. Estos casos peligrosos para los trabajadores, ya son raros á causa de la buena ventilación de las minas y de la casi desaparición de los ademes de madera, pues prefiriéndose hoy emprender las labores en las rocas y no en las partes blandas, las bóvedas han venido á sustituir á aquéllos.

Por gozar de los encantos que ofrece la Naturaleza á la salida de una mina, cualquiera puede darse la pena de permanecer en el interior de ella por algunas horas, aun cuando no presencié escenas como las descritas. La luz radia con un brillo que sorprende; la vegetación adquiere el del esmalte; el agua se presenta como torrentes de plata, y los mismos edificios se ven como si estuviesen dorados á fuego por los rayos del Sol. El azul del cielo adquiere tal diafanidad, que hace resaltar más y más la nítida blancura de las nubes que se desenvuelven como verdaderos copos de nieve. Todo esto es natural, como que en unos cuantos instantes se han traspuesto los umbrales de la muerte para entrar en la man-

sión de la vida. ¡Son los goces de un ciego á quien, debidamente preparado, se ha restituido la vista!

De todas las eminencias que rodean el Real del Monte, sobresale la montaña del Zumate, que eleva á la región de las nubes la colosal y porfídica roca que la corona, cima que debes visitar, querido lector, á cuyo efecto te serviré de guía.

Nada era más ameno, más pintoresco y más poético, que el trayecto del Real á Omitlán. Descendiendo por la parte Sureste del Mineral, entre las minas de "San Cayetano" y "Dolores," y dirigiéndose después al Norte, se re-



MINA DE ACOSTA.

corría la parte inferior de la Cañada, por cuyo fondo corrían las aguas del río del Carmen, dejando á la izquierda, en alto, el agrupado caserío, y á la derecha las vertientes de los cerros Alto, San Hipólito, el Judío y Peña del Aguila, viéndose escalonadas en las pendientes las chozas de los barreteros, unas con sus floridos jardines y otras con sementeras de maíz y cebada.

Las continuas inflexiones del camino, abierto también por la Compañía inglesa, y estrechado siempre por los declives de la serranía, desarrollaban sucesivamente hermosos paisajes, como otras tantas decoraciones de varia-

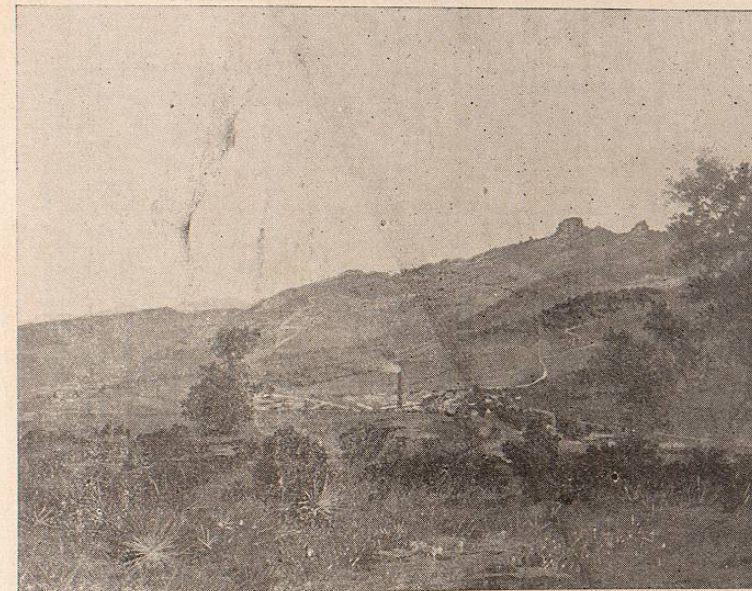
da perspectiva. Tan pronto era la mina de Acosta, cuya máquina de vapor extraía el agua á torrentes, al pausado movimiento de sus balancines, dejando oír á cortos intervalos de tiempo, el ruido producido por cada golpe de su poderoso émbolo; como era un pequeño valle, al extremo del cual se percibía una cristalina cascada al desembocar la barranca de San Pedro; unas veces se presentaban hermosos crestones semejantes á las *Peñas Cargadas*, en posición tal de equilibrio, que parecían desprenderse de la masa que los sostenía, al menor soplo del viento, y otras surgiendo entre jardines y en el centro de la

cañada, la pintoresca hacienda de beneficio de Guerrero. No bien había dejádose atrás esta hacienda, cuando al dar vuelta el camino presentábase á la vista la frondosa cañada de la Virgen, en la que numerosos pinos y principalmente oyameles proyectaban su fresca sombra en el río, cuyas murmurantes aguas se deslizaban en pequeñas rápidas y en parte eran conducidas por canales de madera á la hacienda de beneficio del Aviadero. La configuración del terreno producía la ilusión de creer horizontal el camino, y levantado sobre el horizonte, contra las leyes de la hidráulica, aquel acueducto, por cuyo medio las aguas

iban á mover lenta y acompasadamente las dos potentes ruedas de la expresada hacienda. De allí pasábase á la magnífica de Sánchez y de ésta á Omitlán, donde era preciso abandonar el camino general que conducía á los demás ingenios y tomar veredas para el Zumate, á fin de emprender, entre enmarañados bosques, la penosa subida.

Por declives más ó menos rápidos; por escarpados barrancos; cambiando continuamente de rumbo; evitando desfiladeros y malos pasos; trepando aquí un peñasco y agarrándose allí de los matorrales, al fin se llegaba á la cúspide en la que verticalmente se eleva el colosal crestón monolítico. Difícil, casi impo-

so hace creer que la roca se mueve, que se desliza y que el observador es lanzado al precipicio; pero pronto acude al socorro de éste otro movimiento instintivo, que lo hace retroceder, levantarse y reponerse del sobresalto que le causara su tremenda ilusión, la cual sólo se desvanece al apartar la vista del despeñadero dirigiéndola á lugares lejanos. Presentáanse al Norte las hermosas campiñas de Atotonilco el Grande, limitadas por la profunda y sombría barranca de Río Grande; las inflexiones de la sierra cuyo pie bañan las aguas del río del Carmen, y las columnas basálticas que sostienen sus ribazos, y en lontananza, la Sierra Alta de Zacualtipán, limi-



PEÑA DEL ZUMATE.

sible sería el acceso á la meseta del peñón, si no fuese porque la misma Naturaleza ha proporcionado al hombre los medios. Una enorme grieta, de arriba á abajo, producida por una descarga eléctrica, divide la roca y henchida aquélla de tierra y hierba, forma desiguales escalones que facilitan la subida. La meseta es un plano inclinado en el cual es preciso poner los pies con cautela, á fin de no resbalar y dar con el cuerpo en uno de tantos precipicios que la rodean, que para apreciarlos preciso es arrastrarse por la superficie. Llegar así á la orilla, echar fuera la cabeza y sondear con la vista el abismo. A pesar del ánimo bien templado, un movimiento vertiginoso

tando el horizonte. Por otra parte, al Oriente, Cerro Gordo y el Cerro del Gallo, que es un perfecto cono de verdura, ocultan la hondonada de Huazcazaloya, pero dejan distinguir, á lo lejos, el ojo de agua de San Miguel y la barranca de Regla.

Tanto estos ingenios como el de Velasco y Sánchez los más ricos y bien montados, Peñafiel y los demás que se han mencionado, deben ser el objeto de nuestra visita al descender del Zumate. Descúbrense al Sur las eminencias volcánicas del Jacal, los Pelados y Navajas, la Peña del Aguila, el Ahuizote, y otras muchas, tras de las cuales se desarrolla el espacioso Valle de México, cuyos términos,